

FI 14 - 54

4 copias

Del mismo autor

Die Kunst der Entzweiung. Zum Begriff der ästhetischen Rationalität,
Frankfurt del Main, 1985

Eine Ästhetik der Natur, Frankfurt del Main, 1991

Versuch über die Form des Glücks, Frankfurt del Main, 1995

Ethisch-ästhetische Studien, Frankfurt del Main, 1996

Esta obra fue publicada en inglés por Stanford University Press
con el título *Aesthetics of Appearing*.

Martin Seel
Estética del aparecer

Traducido por Sebastián Pereira Restrepo

 **conocimiento**

2

La estética como parte de la filosofía

Hasta aquí llega mi relato compuesto de muchos relatos breves. Pasemos ahora a la moraleja de la historia. La moraleja que me interesa se refiere al lugar de la estética en el concierto de la filosofía. Si se observa la organización académica actual de la filosofía, esta posición es bastante marginal. Si se observa en cambio la historia de la filosofía, al menos la germanoparlante, esta posición se revela en grado sumo central. Casi todos los filósofos significativos de esta tradición –incluidos autores como Marx, Frege o Husserl, que, sin excepción, no dejaron tratado clásico alguno sobre el tema– le deben a la reflexión estética algunos temas decisivos. Por ello, quiero concluir mi esbozo histórico con un breve resumen sistemático, cuyo objetivo es explicar y justificar por qué la filosofía ha otorgado a la estética un lugar tan prominente.

Percibir algo por los sentidos en el aparecer y por su aparecer mismo: es éste un punto esencial de toda percepción estética. Por supuesto que esta percepción se extiende, en la mayoría de los casos, más allá de una simple percepción dirigida a su propia realización. En particular, la percepción de la obra de arte incluye necesariamente una atención capaz de conocer e interpretar. Sin embargo, la finalidad de estas formas de conocer e interpretar es, en primer lugar y antes que nada, estar frente al aparecer elocuente de los objetos. Refiriéndome a Hegel, Nietzsche, Heidegger y Adorno, he dicho algo acerca del valor de esa experiencia. Con ese mismo propósito, para finalizar quiero concentrarme de nuevo en el sentido de la percepción estética en general.

En la percepción estética –es éste el hilo conductor de la teoría estética desde Baumgarten hasta Adorno (y más allá)¹– acontece una afirmación de lo indeterminable por medio del concepto y de la práctica; la percepción estética alcanza, como podríamos afirmar con Valéry, una atención a todo lo indeterminable en las cosas. Su propósito es dejar que los objetos estén no como son bajo tal o cual aspecto, sino como aparecen aquí y ahora, en cada caso, ante nuestros sentidos. Sin embargo, esta concentración en el aparecer momentáneo de *las cosas* siempre es al mismo tiempo una atención dirigida a la situación de *la percepción* de ese aparecer, y por lo tanto es también una reflexión acerca del *presente* inmediato en el que acontece la percepción. La atención estética dirigida a un acontecimiento del mundo externo es entonces, al mismo tiempo, una atención destinada a nosotros mismos: atención al instante aquí y ahora. La atención estética que se presta a los objetos artísticos es además, con frecuencia, una atención a situaciones en las cuales no nos hallamos ni nos hallaremos jamás: atención a un instante ahora y nunca.

Claro que esta percepción estética se halla en una tensión indisoluble frente a otras formas de autoconciencia. En tanto que es conciencia sensible del presente de nuestra existencia, fáctico o posible, establece un contraste (que se experimenta de manera más o menos intensa) respecto de toda conciencia de quienes somos a través de un período de tiempo largo, y de quienes queremos ser al cabo de un período de tiempo largo. En la realización de la experiencia estética dejamos de lado este saber para estar por un momento al margen de la continuidad de nuestra vida. El interés estético o, si queremos atenernos a la expresión kantiana, el especial desinterés estético, se funda-

¹ Véanse Karl Heinz Bohrer, *Plötzlichkeit. Zum Augenblick des ästhetischen Scheins*, Frankfurt del Main, Suhrkamp, 1981; Rüdiger Bubner, *Ästhetische Erfahrung*, Frankfurt del Main, Suhrkamp, 1989; Albrecht Wellmer, *Zur Dialektik von Moderne und Postmoderne. Vernunftkritik nach Adorno*, Frankfurt del Main, Suhrkamp, 1985; Christoph Menke, *Die Souveränität der Kunst. Ästhetische Erfahrung nach Adorno und Derrida*, Frankfurt del Main, Suhrkamp, 1991.

menta en el anhelo de percatarnos del presente de nuestra propia existencia por medio de los sentidos. Sin embargo, para seres capaces de conocer el presente vivido en medio de esa conciencia significa la irrupción de la indeterminación, como una llamarada, sobre todo aquello que puede ser determinado por medio de la teoría o de la práctica. Atender a la presencia de las posibilidades desconocidas y desaprovechadas en su invisibilidad pero que se traslucen precisamente en la experiencia estética es un mérito especial de la estética. Sin conciencia estética no es posible una conciencia del propio presente.

La atención estética —en medio de la ciudad o al margen de la civilización; en la percepción, la producción y la presentación del arte— sería entonces un rasgo esencial de toda autoconciencia humana. Pero se trata de un rasgo esencialmente particular. No es tanto una conciencia de determinados hechos, deseos, obligaciones o proyectos, como más bien un sentido para el aquí y el ahora de la propia vida, que sólo deviene accesible en la apertura hacia el juego de apariciones en una situación dada. El carácter efímero de estas apariciones recuerda el carácter transitorio de éste como de cualquier otro presente del aparecer, así como las dichas de esta transitoriedad, exaltadas por Valéry. Heidegger quiso mostrarle a la filosofía una salida fuera del olvido del ser. La estética —incluida la filosofía del arte de Heidegger— recomienda algo distinto. No deberíamos ser olvidadizos de las apariciones. No deberíamos perder el sentido del instante, pues este sentido hace posible asumir el presente indomeñable no como una carencia de ser o de sentido, sino como una oportunidad para nosotros mismos a la que en el pensar y en el actuar tenemos que renunciar forzosamente.

Recorriendo estos pasos, en el ámbito germanoparlante —pero no sólo allí, tal como lo demuestra Paul Valéry, mi testigo clave—, la estética se ha convertido en una disciplina de la filosofía independiente e irrenunciable. La estética comprende una disciplina *independiente* por cuanto trata de una condición del mundo, que no es analizable en términos éticos o teóricos. La estética es *irrenunciable* para otras disciplinas filosóficas —y por lo tanto para la filosofía misma— porque considera aspectos irreductibles del mundo y de la vida. Las otras disciplinas no pueden abordar adecuadamente la realidad accesible a

la conciencia estética, ni el presente alcanzado en ella, sin desfigurar a ambos.

Ciertamente podría afirmarse que la estética, por cuanto comprende una doctrina de posibilidades particulares de la percepción y de la realización de la existencia, entraría a formar parte *tanto* de una teoría de la percepción *como* de una ética general. Pero en la estética no investigamos dos componentes separados, uno de los cuales le corresponde a la filosofía teórica en tanto que el otro forma parte de la filosofía práctica, sino que en ella consideramos más bien *los mismos elementos* centrales del análisis, los cuales pueden llegar a ser partes relativamente independientes tanto de una ética como de una teoría del conocimiento ampliadas. Y justamente por esa razón la estética comprende entonces una disciplina por derecho propio.

Desde la perspectiva de la filosofía *teórica*, la estética brinda un aporte irrenunciable, pues revela una dimensión de lo real que se sus trae a la determinación por medio del conocimiento, pero que al mismo tiempo es un aspecto de la realidad que puede ser conocido.² La atención dirigida a lo que aparece permite experimentar que la realidad es más rica que todo cuanto puede ser conocido en ella mediante el conocimiento proposicional. La estética hace visible una frontera de toda comprensión del mundo, ante la cual ni la teoría del conocimiento ni la filosofía de la mente pueden ser ciegas.

Desde la perspectiva de la filosofía *práctica*, la estética brinda un aporte irrenunciable, pues atañe a una posibilidad en la vida del ser humano en la que se abre un presente particular de la propia existencia, un presente cuya finalidad se halla en sí mismo. Puesto que el encuentro estético con el mundo representa una posibilidad eminente del ser humano, no puede ser dejado a un lado por una ética de la vida buena, ni por una ética del respeto moral, pues ella forma parte de

² Acerca de la relación entre reconocibilidad e irreconocibilidad, véase Martin Seel, "Bestimmen und Bestimmenlassen. Anfänge einer medialen Erkenntnistheorie", en *Deutsche Zeitschrift für Philosophie*, N° 46, 1998, pp. 351-365.

ciertos modos de vida que pueden perseguirse por propio interés y que asimismo deberían protegerse a través de normas morales.³

No obstante, no existe razón alguna para erigir a la estética como la disciplina reina de la filosofía. No menos infundado resultaría declarar que el comportamiento estético es la cima de las posibilidades humanas. Las realizaciones de la percepción estética pueden enriquecer las posibilidades de la percepción humana en prácticamente todos los ámbitos: eso es todo. Hacen posible una afirmación, siempre fugaz, del presente momentáneo. Sus intervalos no pueden reemplazar ni sobrepasar el potencial del conocimiento conceptual, ni de la acción eficiente, así como éstos tampoco pueden sobrepasar ni reemplazar la apertura hacia el aparecer. El encuentro con lo particular del mundo –con el carácter único del mundo, como sostienen Adorno y Horkheimer en un pasaje de la por lo demás sombría *Dialéctica de la Ilustración*–⁴ tiene su sentido en sí mismo. Es ése el modesto mensaje de la estética desde los días de Kant y de Baumgarten.

3 Cf. Martin Seel, "Ästhetik als Teil einer differenzierten Ethik", en Martin Seel, *Ethisch-ästhetische Studien*, Frankfurt del Main, Suhrkamp, 1996, pp. 11-35.

4 Max Horkheimer y Theodor W. Adorno, *Dialektik der Aufklärung*, Frankfurt del Main, Suhrkamp, 1986, p. 231 [trad. esp.: *Dialéctica de la Ilustración: fragmentos filosóficos*, Madrid, Akal, 2007].

II

Estética del aparecer

En la estética, como en todos los campos de la filosofía, es posible comenzar por doquier –por los objetos de la naturaleza o del arte, a través de la producción o de la recepción estética, con el juicio estético o con la imaginación artística, investigando el concepto de objeto o la noción de signo, o preguntando acerca del significado existencial, cognitivo o ético de los estados estéticos–. Cualquiera que sea la elección para el comienzo, el objetivo consiste siempre en investigar la *relación* que éstos y otros fenómenos guardan entre sí. Este principio también rige cuando se consideran fenómenos particulares –como lo serían, en el caso de la estética, por ejemplo la literatura o el cine, el ornamento o el diseño, la pintura monocromática o la música minimalista–. Cada tipo de objeto estético cobra sus rasgos característicos en relación con otros tipos de objeto, con los que contrasta, está emparentado o guarda una correspondencia. Lo anterior también es válido, en última instancia, acerca de cualquier objeto estético aislado: de aquel paisaje, de este monumento o de aquella instalación. Cada uno de ellos emerge en su particularidad en virtud del contraste con otros objetos (o tipos de objetos). La teoría sólo puede proteger esta particularidad (y sólo así puede cumplir su tarea más trascendente) señalando las relaciones generales en las que se halla engastado lo particular, pues el sentido de lo particular sólo existe en conjunción con un sentido de lo general, y sólo es posible una comprensión de la diversidad de objetos y de oportunidades estéticas junto con aquel concepto general. En la estética, cualquiera que sea la forma elegida para comenzar, la meta siempre es alcanzar un sentido de la riqueza de los estados estéticos.